

Versaciones de un chupaplumas

Dejar las cosas como estaban



que fue, para ponerlas más difíciles por si no lo estaban ya bastante, exactamente lo que hice retrocediendo, regresando como integrante de uno de los grupos¹ — mientras el señor Ramírez, en el otro², tomaba la merienda que su esposa le sirvió³ en una bandejita — al Coffee & Shop de mis desdichas y tan infausto recuerdo donde creí, me pareció, verla con sus botas con vueltas de piel dejando, no por olvido como entonces el paraguas ella sino inocentemente y en la seguridad de que a la vuelta me lo encontraría todo tal y como quedaba, la carpeta con los papeles abierta sobre la mesa y expuesto — el hecho — con toda la ingenuidad y absoluta falta de doblez con que se muestra.

Yo había considerado⁴ ⁵ la eventualidad de que aconteciese, porque por qué no, alguno de esos accidentes — o *incidentes*, mejor, habida cuenta de que ni

¹ Constituido por el matrimonio Ramírez (joven) y el [menor de los niños](#).

² Compuesto por el matrimonio anciano y el nieto mayor acompañados de la fisioterapeuta y un joven extranjero que, me explicó la señora de Ramírez madre, acudiría al domicilio dos veces por semana para enseñar a su esposo el lenguaje de signos en inglés “y que así el niño, al traducir — me dijo —, vaya ejercitándose en un idioma tan importante”.

³ “Será sólo un momento” - recuerdo que dijo esbozando una sonrisa tímida, como si se excusara; y, a él: Anda, tómatela.

⁴ *Para decirlo todo — tonto de él — y que no pueda haber ni aun al más avieso de los lectores la sospecha de que estuviese acariciando la posibilidad de tenderle cualquier tipo de trampa.*

⁵ Que no es mío, pero usted sabrá qué otras personas habrán andado por esta casa atendiendo a quién sabe qué indicaciones. Aunque por supuesto yo no quiero saber nada y hago la aclaración nada más por no confundir a sus lectores.



esperé ni deseé en ningún momento que la situación tuviera ni mucho menos que llegar a ser calificada de “crítica” o “extrema” — domésticos que, ya por la ruptura de la inercia que por sí mismos y pese a su tan frecuentemente extrema pequeñez acarrear, ya porque como suele suceder en tales casos se enzarzara la familia en una discusión acerca de quién de entre todos los presentes había sido el culpable, forzase a que la atención del observador se desviara y, ahí, en ese pequeño revuelo dirimiendo si el café con leche lo derramó sin querer el abuelo o adrede — y porque yo no le fuera simpático o tuviese ganas de hacer enfadar a la abuela, por chincar, simplemente — el menor de los nietos, aprovechar yo la coartada para alegar ante mi amigo que qué lástima pero *y mira que lo lamento en el alma* los papeles habían quedado del todo ilegibles...

Pero a la vista de que las cosas se complicaron por causa no sabría yo muy bien precisar si porque, como se viene de relatar, el pequeño se vino o⁶ porque mi amigo perdiera la noción del tiempo y del espacio menos de lo que yo llevado de mi optimismo me había permitido suponer⁷ o, que sería una cuarta posibilidad, porque al su esposo comentar que de haber sabido (etc.) no habría importado que se dejara el mayor los deberes sin hacer, ella, Sonia (porque creo que si no me he trafucado la puedo llamar Sonia hace ya mucho), le respondiese con mucha acritud “lo habrías sabido si prestaras más atención a tu familia y a tus hijos” o, que sería la quinta⁸,

⁶Que sería una segunda posibilidad a tener en cuenta.

⁷ Puede que menos embargado — que sería la tercera, y tal vez por causa de no estar tan enamorado de su novia como me hiciese creer la tarde del Retiro — por sus propias preocupaciones de lo que yo imaginase.

⁸ Y última, aunque se me ocurran (que tampoco creo) otras diecisiete. Que con estas y por muy irresoluto y apocado que yo sea hay, y de sobra, para ir tirando.



porque los papeles no quedasen ilegibles⁹ y de que, pese a lo complicadísimas que estaban, yo no me podía presentar frente a mi amigo, tan anhelante por celebrar mis progresos, sin algo medianamente enjaretado opté por, anhelante yo a mi vez por evitar que me tildase de tonto, renunciar a tantas estúpidas maquinaciones y continuar, sí¹⁰, pero por caminos más convencionales.



Que tampoco es mío — ni tengo (ni tenía) yo ganas de malos entendidos ni de engañar o confundir a nadie; que nada más lejos de mi ánimo, tan decaído como lo tengo (y lo tenía, pero por razones ajenas con las que no voy a marearle) de sentirme tan traicionada aquí **5** y aquí **vii** — pero sí lo eran el punto y el lugar en que estaban las cosas cuando, a las tantas de la madrugada, regresé de casa de mi prima y no tuve fuerzas, tan cansada que estaba y además tan empachada — porque me insistió en “anda, mujer, termínate la mayonesa; que total, si no, tendremos que terminar tirándola” —, no tuve fuerzas ni ganas de seguir rastreando los “esquemas” (lo pongo así, entrecomillados, porque así es como quién los hiciese los llamó aunque yo, si por mi gusto fueraⁱ, los llamaría mejor “apuntes guarrindongos” no, entiéndase, porque contengan indecencias sino porque son una absoluta cutrez) que había encontrado en el fondo de la caja que resultó — pero no regresaré nunca más sobre ese tema — no ser de mi microondas aunque, así al primer pronto

⁹ **Que creo, aun con dolor de mi alma, que siendo la que más fervientemente deseaba yo que prosperase va ser justamente la que voy a tener que descartar por culpa, maldita sea, de que se ha ido a pique todo mi plan tan bien tramado de que el mocoso derrame el café.**

¹⁰ **Continuar porque si renunciaba a la ilegibilidad renunciaba también a la coartada.**



y tantas ganas como tenía de tomarme un alka seltzer y meterme en la cama no quise reconocerlo.

No quise reconocerlo y pretendí seguir adelante como si no hubiese sucedido nada anormal.

Tan no quise reconocerlo que llegué al extremo – porque pensé que aun no me había dado cuenta de que mi propósito de escribir sólo en negro no me confería ningún signo diferencial ni seña de identidad – de creer que claudicaba, prescindía, del tal “signo diferencial” en aras de hacerme un hueco, con humildad, sin armar alboroto ni introducir cambios que pudiesen resultar poco armoniosos, estéticamente, en un mundo en el que me notaba un poco como intrusa y, por eso, asumí como sin darme cuenta pasarme al azul y “bueno, ya encontraré en otro momento y en otro lugar la forma de poner de manifiesto mi presencia y de justificarla”.

O explicarla, si a alguien le interesaba y me quería escuchar.

Pero me encontré, sin saber cómo, frente a media docena de pares de ojos (contados, no a bulto, que eran cabalmente seis) que me contemplaban – los que me miraban, porque otros se mostraron muy esquivos – con no poca animosidad.

Aguanté la situación un poco así como que como pude – sin mucha soltura como puede verse y diciéndome “las he visto mejores con menos pretensiones”, aunque usted con su experiencia se sabrá hacer cargo – pero dispuesta – eso también se ve – a tirar para delante.

- Bueno – dijo una señora ya un poco entrada en años a un anciano, doblando una servilletita con puntilla y dedicándome, según hablaba espaciando las sílabas, una mirada ^{par de ojos n° 1} de soslayo –: ya has merendado.

Y agregó, al pasar a mi lado con la bandeja casi rozándome aunque sobraba espacio, hablándome ahora abiertamente a mí y muy sonriente: “Porque se lo ha tomado todo ¿sabe?”.



Dejar las cosas como estaban



Yo también sonreí y contesté “qué bien”, considerando que a veces se trata a los ancianos como a niños y se elogian sus pequeñas proezas.

- ¿De veras se alegra?

- Sí — repuse —; claro —. Y, al anciano par de ojos n° 2, muy sonriente yo, por si una sonrisa forzada y ese tono un poco irritante que se suele utilizar para con ellos y una frase tontona fueran lo deseable: “porque hay que tomarse toda la merienda, ¿verdad?”.

- No le está mirando — me advirtió, seria, una mujer bastante joven par de ojos n° 3—. Además él no sabe nada.

- Vaya — me quise disculpar, un poco avergonzada; y carraspeé —: no pensé que estuviera tan mal; su aspecto es tan saludable...

- Y vivirá — la señora de edad estaba de nuevo a mi lado, de regreso de la cocina imaginé —, si ninguna autoridad en la materia —, hablando otra vez separando las sílabas, mirándome muy erguida de arriba abajo — decide nada en contra — y, dando una especie de pequeño respingo alisando los bordes de sus bocamangas, ahora muy rápido — ¡Muchos años!

No era capaz de comprender a qué venía aquella actitud tirante y estaba buscando el tono, entre el extenso archivo de registros que he ido coleccionando a lo largo de siglos, menos inquisitivo, el que mejor se adecuase sin parecer impertinente a la pregunta “¿qué pasa?”.

Pero o busqué despacio, o las cosas sucedieron muy deprisa, o mi listado era a estas alturas de mi dilatado existir demasiado largo, y no tuve que hacerla porque un niño, de unos siete años par de ojos n° 4, intervino con un seco:

- Su juego, mi querido señor, ha terminado.

- ¿Qué pasa? — pregunté a la buena de Dios, sin mirar al listado.

- Verá — un hombre, de unos calculé treinta y ocho, o cuarenta años par de ojos n° 5, que había permanecido sentado en una silla leyendo un diario, lo plegó y, poniéndose en pie, con corrección tan excesiva que llegué a considerar servil —; verá, señor...



- ¡No me llame “señor”! — salté; porque aun sin listado ese era un punto que tenía muy claro.

- Bueno — su tono repentinamente varió y entendí, aun sin saber porqué, que... — usted es, que yo sepa, mi jefe.

...que para hacer gala de tanta altivez algo debía haber, que yo ignoraba, que no estaba — en su opinión al menos — tampoco oscuro para él.

Pero, mira, me alegré: ya tenía un dato.

- ¿Y? — Sólo por decir algo.

- Tu jefe, sí — mirándolo un chaval de cómo unos diez años ^{par de ojos no 6} que parecíaⁱⁱ muy espabilado —, pero no el nuestro.

Y que si un cúmulo de circunstancias adversas los abocaban a tener que compartir “tu cruel destino, lo haremos, todos juntos; estaremos en esto hechos una piña, pero sin abjurar de nuestra dignidad intrínseca, en primer lugar y, en segundo, sólo hasta cierto punto y sin sobrepasar determinados límites”.

¡Acabáramos!

Que sé, como es natural, que no lo dije o que sé que como es natural no lo dije; pero lo supe. Y que pensé — que tampoco lo dije porque a ver a quién — “tenía que haberme dado cuenta de que esta sarta de sandeces, y esa frase tan elaborada y tan larguísima para un niño de diez años por espabilado que sea, sólo se te podían cuajar a ti”, por usted, claro, y sepa usted disculparme apear el trato.

Y que no me extrañaba que de la mano de semejante inútil, “que eres un pedazo de imbécil” — pensé, también, aunque en letra impresa aquí y ahora “que es que usted, y bien sabe Dios que no quisiera molestarle, es a veces un poquito inconstante” —, nos hubiésemos ido a tantísimos garetos tantos, y tantas veces...

Pero no lo dije.

Lo que sí dije fue —: ¿debo inferirⁱⁱⁱ que soy un jefe abominable? —. Que lo pregunté muy sonriente, más que nada por tirar de la hebra y ver si había manera de atar cabos, en tono festivo porque me estaba empezando a hacer a mí gracia la cosa.



- No sí, como jefe — el hombre — yo no tengo enténdame ninguna queja; además, ya sabe, van a ser nada más unos días...

No sabía — pensé, con amargura — pero debo de haber andado perdida, dispersa por entre estupideces para no imaginarlo. Y sí me imaginé, cómo no, de nuevo nuevamente degradada después de, como ya me había ocurrido tantas veces, haberme visto ejecutiva, jefa de producción, madre abadesa^{iv}, presidenta de consejo de administración y, por no pecar de exhaustiva, consejera delegada.

- Cuál es, en tal caso — inquirí, aguantándome las ganas de enderezar el pañito del reposacabezas de un sillón, un poco ladeado; que ya me veía de cuerpo de casa en alguna mansión elegante y yo, cuando me pongo soy, como esa tal Rosarito, muy responsable — el problema de fondo^v.

- Problema de fondo, propiamente, no es que lo haya — el niño pequeño —; es más: el problema es en puridad muy superficial. Entendiendo por tal, como es obvio, que no hemos de sumergirnos en profundidades abismales para encontrarlo...

- Perdona, Isidrín — terció en estas el de diez años —, pero esa frase tan larga y tan elaborada es mía.

- ¿Seguro? — El otro.

- Segurissísimo.

- Bueno; pues sigue.

- Gracias. Decíamos, entendiendo por tal, como es obvio, que no hemos de sumergirnos etcétera porque se halla, precisamente, muy en la superficie habida cuenta de que, es, en puridad, como ha dicho mi hermano, de una evidencia tan notoria...

- Hijo — la señora joven —, que se nos echa encima la hora de cenar; ve al grano.

Yo estuve por decirle “pero, hija, que quiere”, porque por muy espabilao que el chico fuera...

- Vamos — el pequeño —: que es de bulto.

- Pero, tesoro — la señora mayor, con mucha dulzura —, ten un poquito de paciencia que no te toca.



- Es que lo ha dicho el abuelo.
- Bueno — tajante la madre, echándose ojeadas a la muñeca —, pues tampoco le toca.
- Sonia, por favor, que es mi padre; y por respeto a sus canas...
- De acuerdo — ella —, aunque no tiene ni una; pero, pase. Lo que no entiendo, y perdona, es ese “Sonia”.
- Tú misma dijiste, hace un rato o ayer mismo, todo lo más, que podía llamart...
- Lo sé — ella —; pero no a ti.

Y que la continuara llamando como siempre; y, al chico^{vi} ^{vii}, que siguiera.

Y el chico, de un tirón como un papagayo, mirando absorto las manos del abuelo que movía a velocidad vertiginosa, que “porque si usted se ha creído, resumiendo, que le vamos a solucionar sus papeletas derramando cafés sin ton ni son o yo muriéndome está muy, pero que muy equivocado”.

Y que ellos derramaban todo lo que hiciese falta, y se morían todo lo que hubiese que morirse, que para eso estaban. Pero no por su cuenta y decidiendo sin saber el porqué “¿estamos?”; porque ellos conocían sus obligaciones, pero también sus derechos, y su condición de personajes les confería la gracia irrenunciable de lavarse las manos porque ha de ser “usted, nuestro creador”, el que rija, con la sabiduría o con la torpeza de que “el suyo a su vez lo haya sabido en las sendas suyas proveer” hasta el más insignificante — que me cuadraba esto, por cierto, con cierta noción que yo tenía de que el chiquillo era muy habilidoso para las cuestiones manuales pero muy chapucero traduciendo — de “nuestros actos”.

Y que, ya más tranquilos con la satisfacción del deber cumplido, si quería quedarme a cenar^{viii}.

Contesté que no gracias, y me marché¹¹.

¹¹ Maldiciendo de mi mala suerte y renegando de la torpeza que había cometido en mi tonto, estúpido afán de ser sincero. Y echando cuentas de que, joder, al cerrar la carpeta, la notaba más abultada que cuando la dejé.



-
- ⁱ Pero no lo voy a hacer, fiel a mi propósito de no tocar nada.
- ⁱⁱ y no quisiera parecer poco imaginativa, o que pudiera pensarse que me apropio de las ideas de otros, pero era algo tan evidente que lo podría decir cualquiera y, me dije — así, en mi color y en mi letra porque estaba harta de andar encogidilla por todas partes y, además, esto no es propiamente texto escrito — “por qué no yo, tan silenciada que estoy siempre”.
- ⁱⁱⁱ Porque ya puesta no me daba la gana de andar escatimando vocabulario.
- ^{iv} Un [personaje muy secundario](#) sí pero que cumplió su cometido, ya se sabe cómo son las monjas, de manera impecable y con el que la tía Nines estuvo encantada y del que siempre decía *fue bonito mientras duró* porque, bajo el pretexto del voto de silencio y como les tenía poca simpatía, se negaba a atender el teléfono cuando la llamaban las amigas o las primas.
- ^v Que no sé porque dije lo del fondo; con “problema” bastaba, pero ya está una muy curtida en que una palabra aquí, otra allá, se va arrebañando de a poquitos página.
- ^{vi} *Dejando muy bien sentado que al mayor, y que a ver si prestaban atención “porque hay que ver lo distraidísimos que estamos todos hoy”.*
- ^{vii} Que tampoco es mío, pero ya le he dicho y no se lo voy a repetir más veces que usted sabrá y llevará cuenta de su organización y de a qué tipo de gentes encargaría usted antes de llegar yo que le supervisasen sus progresos.
- ^{viii} [Contesté que sí.](#)